

## INVITADA DE HONOR

### «EL TERCER CUÑADO»

### EXTRACTO DE *EL LIBRO DE LAS TÍAS*

Magali García Ramis  
Escritora

**E**ra irascible, masculino, culto, autoritario y calvo; un semidiós para Paquita y, para sus pequeños sobrinos, un hombre que parecía saberlo todo, aunque no queríamos que nos lo contara. Recién casados, luego de una luna de miel pasajera en el feudo de su familia en San Pedro de Macorís, y un verdadero viaje de luna de miel - pospuesto hasta el fin de la guerra - de cinco meses por Europa, andaban itinerantes entre esa hacienda y la casa de la familia Ramis en lo que decidían qué hacer con sus vidas mi tía Paquita y su esposo Jorge. Y él, que vivía del usufructo de las tierras que su familia había adquirido en la República Dominicana, se pasaba las horas leyendo, aventurándose por campos y bosques estudiando plantas –era agrónomo– colaborando cuando escogía hacerlo con el Departamento de Agricultura, o inventando qué hacer. En las primeras Navidades durante la guerra, ante la carestía de bienes de consumo, se las ingenió para hacer adornos de cartón pintado. Perfectamente trazadas y recortadas quedaron las estrellas de cinco puntas con un hoyo en el medio por donde pasar las bombillitas de las ristas que se le ponían al árbol, lucecitas de ensueño que duraron años y años en esos marcos acartonados reflejando el brillo multicolor en la escarcha que les pegó y que sirvieron como evidencia del oficio de constructor de objetos perfectos de un hombre que parecía un renacentista reencarnado en Santurce a mediados del siglo 20.

Con mucha gracia había esculpido pequeñísimos bustos de su esposa y cuñadas menores, ataviadas con mantos y tocados de damas

romanas, en lo más parecido al mármol que hubiere en la casa: purísimas barras blancas de jabón *Ivory*. Por años engalanaron una tablilla de cristal del botiquín del baño, pues parecía que para las Ramis, el lugar de exhibición de esas obras de arte lo determinó su material y no su hechura.

Tocaba aires desconocidos en la mandolina, y a veces dibujaba retratos costumbristas y estatuas griegas al carboncillo. En un viaje a Nueva York, grabó en un estudio un aria en un disco porque entendía que su hermosa voz de baritono bien lo ameritaba, y si se le mencionaba esto a alguna visita, no dudaba en correr a ponerlo en el tocadiscos para sorprender a los presentes.

Había adquirido una cámara alemana que cuidaba como a un recién nacido, con la que tomaba excelentes retratos de amigos y familiares, sabiendo precisar casi de memoria las distancias y la apertura del obturador sin tener que mirar el lente.

Gustaba pescar por las tardes frente al Escambrón y un día regresó con el baúl de su Pontiac oliendo a mar. Adentro traía un tiburón bebé de cinco pies de largo, tan tierno que aún no tenía dientes, nos explicó. Su ganancia fue que lo vendió para ser fileteado en la Plaza del Mercado de Santurce; la nuestra, que desde entonces pudimos holgarnos ante los compañeritos de clase diciendo: Yo tengo un tío que pescó un tiburón.

Pero tantos talentos, tanta cultura, tanta precisión y conocimientos de agricultura, mecánica, mapas, arte, música, su bachillerato en agronomía, su absoluto dominio del inglés escrito y hablado y hasta su estupenda condición física no fueron suficientes para el ejército de Estados Unidos. A Jorge Juan Serrallés Porrata-Doria no lo reclutaron para la Segunda Guerra Mundial debido a una curiosa y particular deficiencia con la que nació: daltonismo. Aunque nunca –ni antes, ni durante, ni después de la Guerra– eso impidió que manejara su auto sin accidente alguno, o que pintara lienzos o que escogiera la correcta combinación de ropa, en 1941 confundir los colores constituía un *defecto corporal*, algo de alguna manera imperdonable, algo que constituía la no-perfección física en un mundo todavía matizado por el eugenismo.

Al morir mi abuelo, el tío Jorge no tuvo reparos en mudarse con Paquita por temporadas a la casa de la familia, el hogar de la Villamil

166. En el sótano enorme donde los adultos podían caminar de pie sin darse en la cabeza, la pareja comenzó a apilar cajas de madera llenas de muebles de caoba acojinados con paja, que iban trayendo de ebanistas de Santo Domingo para cuando tuvieran casa propia. Cuando viajaban a la república a pasar algunos meses en su feudo Serrallés, esa hacienda en San Pedro de Macorís que había maravillado años antes a María Luisa, la tía mayor, llevaban y traían consigo unas enormes sillas de montar de cuero color marrón cordobés. De regreso en Santurce las colocaban en el sótano, cubiertas con un paño, encima de las cajas que guardaban la dote de la pareja, quizás para que la humedad salobre de esa tierra robada a los manglares no las pudriera. Eran lo más alto en el sótano, esas sillas de montar. A veces los niños las destapábamos para verlas, porque eran de verdad. Vestidos de vaqueros y vaqueritas, con nuestros sombreros y pistolas de fulminantes al cinto, tocábamos el cuero, las cinchas, los estribos de las sillas de montar de Jorge y Paquita, *algo* de ser vaquero que no era ilusorio, ni juego, ni simulacro.

Sin embargo, en el corazón polifacético de Jorge Serrallés, no era la música clásica, ni la escultura, ni la fotografía, ni la pesca, ni las plantas que cuidaba con su perfecta mezcla de nutrientes para bien hacerlas crecer lo que dictaba pautas; su pasión más encendida la provocaban unas criaturas caribeñas, oscuras, peludas, sinuosas y para él bellas en su vaivén: las arañas cacatas de Santo Domingo. Esa variedad de tarántulas que podían llegar a medir ocho pulgadas de pata estirada a pata estirada, marrón oscuro, casi negro, el pelambre de su lomo y extremidades, y ejecutoras, según él, de hermosos pasos de baile, embelesaban al Tío Jorge. Como los hombres de ciencia de principios de siglo, había hecho expediciones por Puerto Rico junto a amigos igualmente interesados en la flora y fauna nativas y, aunque de profesión agrónomo, vivía intrigado más que nada, por los arácnidos. Años más tarde las tías contaban que él había sido el descubridor de una variedad desconocida de araña, y le habían puesto su nombre. Para nosotros los niños de la familia, eso era el ápice de la fama mundial, pero nunca tuvimos prueba de ello. Hasta que, comenzando a hurgar en la vida de los cuñados de las Ramis, contacté al científico más humanista que conozco en esta isla, Eugenio

Santiago, botanista y dasónomo, y él tuvo la gentileza de investigar y traer ante mí la prueba documental de lo que era leyenda familiar. En abril de 1944, imposibilitado de ser soldado pero siendo militante de las ciencias, a pesar del peligro de los submarinos nazis cercando la isla como escualos, Jorgito Serrallés Porrata-Doria se embarcó en un viaje de exploración a la agreste isla de Mona, seguro ataviado con sus pantalones caquis, camisa blanca de manga larga y cubriéndose del sol con el salacot que usó por décadas. Allí, entre otros especímenes, encontró una variedad hasta entonces desconocida de una pequeñísima arañita de patas flacas, cuyo cuerpo despachó a la reputada aracnóloga Elizabeth B. Bryant, porque tiene que ser una autoridad quien certifique origen, procedencia y raigambre de especímenes desconocidos. Y, tal como se hace a menudo en deferencia al descubridor, ella describió en sus artículos a esa escualida arañita enviada por el tío como la *Wixia Serrallesi*.

Pero esa distinción, al parecer, nada tuvo que ver con la vida diaria del tío Jorge y su relación con las arañas porque las que le halaban las tripas del corazón siempre fueron las cacatas.

Gracias a sus contactos, a su intachable e irreprochable vida profesional, a sus apellidos quizás, y a los agentes de agricultura y de aduana que probablemente fueran antes condiscípulos o conocidos, él lograba traerlas a escondidas desde Santo Domingo, sin permiso, vivitas y saltando, a residir en jaulas por él construidas y guardadas celosamente en el fondo del garaje de la casa de las tías. Nos estaba prohibido a los niños hablar de ellas ante las visitas. Era un secreto de algo que si bien no era malo, exigía ser ocultado, un secreto oscuro, como suelen ser los secretos y como eran esas arañas. Otras familias tendrían los suyos: un hermano con dolencias mentales encerrado en algún cuarto de atrás de su casa, una nieta ilegítima criada como sobrina para evitar habladurías; nuestro secreto: unas pavorosas arañas peludas, llegadas indocumentadas a la isla, que el tío atendía con devoción.

Comedidas en su apetito, había que darles cada cierto tiempo un insecto vivo: cucaracha, grillo o mariposón, sobre el cual se abalanzaban para picarle, inyectarle el veneno paralizante y luego írselo degustando por días. Aunque los machos de esa especie solo viven hasta

unos dos años, las hembras duran de 15 a 20 y con ellas se encariñaba Jorgito. A pesar de que consideraba a cada cacata única, a todas las hallaba elegantes y casi artistas del baile en sus movimientos, por lo que siempre les dio nombre de bailarinas y bailarines de ballet: Isadora, Pavlova, Nureyev, Fonteyn, Baryshnikov fueron, por siempre, sus mascotas. Al ellas ir muriendo, imposibilitado de deshacerse de las arácnidas artistas, metía a cada una individualmente en un frasco de cristal con formaldehina que colocaba en los estantes de su biblioteca. Entre su edición de coleccionista de *L'Inferno* de Dante Alighieri de 1867, con ilustraciones de Gustav Doré, y algún libro de ensayos de Margaret Mead; entre unos dramas de Shakespeare y los folletos de las nuevas siembras que Agricultura Federal estaba introduciendo en la isla, ya reducidas a un manojito de algo negro casi irreconocible, flotaban por toda la eternidad en esa agua amarillenta, igualadas en su pose de danza macabra con las patas en racimo, las cacatas bailarinas del tío Jorge.